NIEVES ABARCA

VORACES

Una novela sobre poetas, románticos y exiliados que lucharon por la libertad

ESPASA

NIEVES ABARCA

VORACES

ESPASA

ESPASA NARRATIVA

© Nieves Abarca, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 12.128-2019
ISBN: 978-84-670-5639-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Black Print

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

La Coruña, otoño de 1854

SARASATE

Los dedos del crío volaban sobre el diapasón, apretando las cuerdas con maestría; el arco arrancó un sonido celestial. Los invitados al salón verde y liberal de doña Juana de Vega abrieron sus bocas, asombrados. ¿Cómo podía aquel niño que no levantaba un palmo del suelo, con aquellos ojos saltones de perro abandonado, aquellas manitas de duende, tocar así? Vivaldi, Mozart, Paganini, Pergolesi, pavanas, valses, estudios, variaciones de Bach se sucedían en un continuo creativo y perfecto que mantenía pegados a sus butacas a todos los presentes. Juana sonreía. Sabía que aquel niño era una piedra preciosa. Lo había sabido desde el primer día que lo escuchó tocar en una sesión privada en Santiago de Compostela. «Una mazurca en honor de mi benefactora», dice con voz seria y tono adulto aquel enano antes de mirar a todos y atacar de nuevo el pequeño instrumento como si fuese un juguete maravilloso.

Cuando termina, la emoción es intensa. Los padres del niño contienen las lágrimas. Saben que la condesa será parte fundamental del futuro de su hijo, al que todos reconocen como un pequeño genio. Eso les ha asegurado Juana, dispuesta a poner su dinero en Madrid para que Martín Melitón —pero al que todos llaman «Pablo»— tenga una carrera digna de su talento. Todos aplauden y piden un bis, que es concedido de inmediato. Juana no quiere que el niño se canse demasiado, y pronto da por terminado el concierto con el aviso de té, café y chocolate con picatostes para todos los presentes. El alcalde de la ciudad, Emilio Fernández Cid, se dis-

culpa para continuar con sus quehaceres para los conciudadanos, pero en la casa de la calle Real quedan Augusto José de Vila, con sus dos hijos; Ana Segade, íntima amiga de Juana; el farmacéutico Manuel Villar y su mujer; el joven político Federico Tapia, y otros personajes de la ciudad amantes de la música. Emma, una de las hijas de Manuel Villar, espigada y con lentes, se sienta al piano y le arranca unas polonesas de Chopin y unas baladas y scherzos de Liszt bastante aceptables, que son bien recibidos.

El niño Pablo toma el chocolate con gula, como cualquier otro niño normal. Su genialidad con el violín le ha dado una madurez temprana, piensa Juana, pero sigue siendo un crío y todos miran con cara beatífica cómo devora con apetito las pastas a la inglesa que ha horneado Berta, la criada de Juana, que se hizo en Londres con la receta que triunfa en la ciudad.

—Tiene que alimentarse para estar fuerte —le dice la condesa Juana, satisfecha al ver que Martín Melitón Pablo de Sarasate come con ganas y buen apetito las lambonadas y los picatostes, que desaparecen por momentos.

Se abanica con fuerza. Está terminando octubre, pero hace calor. Faltan pocos días para difuntos y el otoño ha pintado de ocres y amarillos los campos que rodean la ciudad, y las huertas de su casa de campo de San Pedro de Nós han dado uvas negras, mandarinas, naranjas y peras de las que dan buena cuenta todos sus invitados. Los membrillos esperan en un saco en la cocina a que Berta los cueza con azúcar, limón y canela.

Desde la casa de Juana en la calle Real se ve el puerto, los mástiles de los barcos, las velas plegadas; se escuchan los quejidos de las gaviotas, las sirenas y los gritos de los marineros y los pescadores al amanecer. La tarde soleada y cálida, de repente, se oscurece. Por las ventanas del salón, la sombra de las nubes oscuras que aparecen por momentos ha bajado la temperatura en toda la ciudad.

Una tormenta de otoño. Llegan de súbito y descargan su furia en minutos; a veces inundan La Coruña de forma que la

gente avanza por las calles del relleno con el agua por encima de los tobillos.

Juana se asoma y ve como el cielo se ensombrece por momentos.

—Mejor nos retiramos. U os cogerá la tormenta.

Ya sola, en su despacho que un día fue de su marido, Juana sigue escribiendo las memorias de Espoz y Mina y sus andanzas en la corte de Isabel II. Ha decidido que, como el padre del niño Sarasate tiene que volver al momento a Santiago e irá a caballo, se queden la madre y el niño en las habitaciones de invitados durante unos días, mientras ella prepara su asignación para los estudios en Madrid. Escribirá a la reina Isabel, de la que fue aya y protegió de un secuestro cuando era muy pequeña, para que convierta a ese niño en un genio internacional de la música. Juana ama la música y la ópera, también la literatura y la poesía. Mira el retrato de Mina que preside el despacho, un retrato atribuido a Francisco de Goya, aunque ella sabe que no es obra del sordo genial. En realidad es de una mujer, Rosario Weiss, pupila del maestro. La tarde se ha oscurecido tanto que ha tenido que encender todas las velas y el quinqué. La lluvia comienza; primero despacio, gota a gota, luego arrecia y se convierte en granizo.

Un trueno ensordecedor, enorme, cae sobre la ciudad, haciendo temblar el suelo. Retumba. Las gaviotas abandonan sus escondrijos y los perros comienzan a aullar a la noche.

Juana se estremece y se abriga con un chal. La cocinera sube al despacho, asustada.

—*¿Escoitou a treboada, señora? ¿Non ten medo? Eu sí. Odio os lóstregos.*

No, Juana no tenía miedo a las tormentas. Solo tenía miedo a lo que pudiesen traer del mar.

LA TORMENTA

El rayo cayó justo encima de su cabeza. El trueno explotó a la vez y el farero dio un respingo. Dejó caer el libro sobre barcos que estaba leyendo y se regañó por haber sentido miedo, luego se persignó y se encomendó entre murmullos a santa Bárbara. La tormenta había comenzado sin avisar, acompañada de oscuras nubes que aceleraron la noche en pocos minutos. Los aguaceros de otoño eran normales en la época, pero aquel no era como los demás: surgió como venido del fondo de los mares, enviado por Poseidón para demostrar su ira hacia Zeus. Y él entendía del mar y de tormentas. Una guerra entre cielo y mar, porque la lluvia arreciaba y el oleaje también había cambiado hasta alcanzar varios metros de altura. Salió de la casa, en la falda de la loma, poniéndose un gabán grueso para protegerse de las gotas heladas. Miró hacia arriba, hacia la lámpara. Soltó una imprecación cuando se dio cuenta de que el pararrayos de la Torre de Hércules había sido insuficiente: desde abajo parecía que la potencia eléctrica del rayo había quemado el aparato catadióptrico recién instalado y la luz del faro estaba muerta.

—Mal diablo me lleve. Los barcos van a necesitar la luz más que nunca con esta tormenta.

Subió corriendo las escaleras de caracol. Cuando llegó arriba, accionó la bocina: por lo menos que tuvieran algún modo de aviso. Seguro que había más de un pesquero faenando, aprovechando la marea. Otro relámpago iluminó la tarde, y la proximidad del trueno le indicó al farero que la tempes-

tad seguía allí, empecinada y feroz. Olía a quemado, el aparato humeaba, aunque a primera vista parecía intacto. Se rascó la cabeza pensando en cómo iba a arreglar a aquellas horas la parte del mecanismo afectada por el rayo. El otro farero estaba de permiso y el ingeniero se había ido a reparar el de Ribadeo. En esas tribulaciones andaba cuando, entre la neblina y la lluvia, vio aparecer un barco de color negro con las velas desplegadas de tal forma que parecían a punto de reventar por la ira del viento. ¿Una corbeta? ¿Un bergantín? El mar lo zarandeaba como si fuera un juguete, aparecía y desaparecía, y el farero pensó que se iba a estrellar contra los escollos de Punta Herminia. Comenzó a rezar de forma instintiva cuando el navío rozó las afiladas rocas que tantas vidas habían segado a lo largo de los siglos. Pero la corbeta esquivó con gracia el peligro y continuó su agónico navegar entre las olas cada vez más violentas. El farero la siguió con la vista. Sin duda se dirigía hacia el puerto.

«Si consigue soportar la fuerza del mar, pronto estará a salvo en la ría».

El barco, frágil y elegante, parecía guiado por la mano de Lucifer, pensó, al observar la pericia con la que volaba sobre aquella borrasca infernal, un kraken con afán de engullirlo todo. Todo menos la corbeta, que desapareció del ángulo de visión del farero al girar hacia aguas más calmadas en busca de la seguridad del puerto.

La luz del faro, de repente, se encendió con un chasquido.

La tormenta cesó.

El farero, asustado, elevó los ojos a un pequeño altar con la imagen de santa Clara que estaba allí desde hacía años, y cogió agua bendita del pequeño pilar que había justo debajo. Se volvió a santiguar, esta vez aliviado por la súbita reparación del aparato. Se aseguró de que todo funcionaba a la perfección. Antes de bajar las incontables escaleras de caracol, echó una mirada al horizonte. Las nubes se disipaban, la niebla desaparecía, el océano se calmaba poco a poco. Unas pocas estrellas emergieron de la oscuridad. El fanal de un pesquero relumbró en el mar.

Se preguntó qué sería del barco negro que navegaba hacia la ría. ¿Habría llegado a puerto?

—Dios de los cielos. ¡Ha sido horrible!

Faith Moore se soltó del brazo de su marido, caminó hasta el final de la pasarela y se dobló para vomitar en el agua el contenido escaso de su estómago. La tormenta, el viento y la niebla espesa habían sorprendido al Santa Clara entrando en puerto, después de una travesía relativamente tranquila desde Gibraltar. El estrecho corsé que se había puesto para realzar su cintura supuso una tortura añadida al vaivén del barco y la fuerza de las olas.

—Faith. ¿Estás bien?

La dama se llevó un pañuelito bordado y perfumado a los labios para intentar librarse del sabor amargo a bilis. Pascual corrió por la pasarela para llegar hasta ella.

—No te acerques, Pascual. El olor no es agradable. Lo siento, querido. Me he mareado.

—Todos nos hemos mareado. Hasta los marineros. ¿Quién iba a esperar semejante final de viaje? Hemos tenido suerte y el barco ha aguantado bien.

El capitán, portando un fanal en la mano para iluminar el camino, atravesó el puente y bajó por la pasarela a grandes zancadas, preocupado por el estado de la joven.

—¿Cómo se encuentran? Lo siento mucho. Ha sido algo inesperado. Totalmente inesperado. Enfilábamos hacia puerto sin mayor problema cuando todo se oscureció y el faro se apagó. Menos mal que conozco bien la entrada: hay unas agujas muy peligrosas en el medio de la ría.

—Mucho mejor, gracias.

Faith le agradeció la preocupación con un gesto de su bonito rostro escocés, se apoyó en el brazo de Pascual y sacó el abanico del bolsito. Hacía un calor inusitado para aquella época en La Coruña. La niebla húmeda se disipaba por momentos; dejaba ver las cálidas luces de la ciudad dormida, las galerías marineras, los campanarios de las iglesias. Sintió en

todo su ser el alivio de llegar a un lugar conocido; sus pies, acostumbrados a la travesía marina, no se sentían aún del todo cómodos en tierra. Mientras se abanicaba con fuerza para aliviar el rosa encendido de sus mejillas, miró hacia el barco.

—¿Nuestros equipajes? No me encuentro con demasiadas fuerzas. —Se volvió hacia su esposo—. Me gustaría ir a nuestro alojamiento cuanto antes. Entre el calor y el mareo me flaquean un poco las piernas. No me encuentro nada bien. Y el estómago...

—Querida, el capitán resolverá con rapidez ese trámite. ¿Verdad?

—Estamos a salvo en puerto. Ahora mismo subiré a dar las órdenes y les enviarán los baúles a la dirección que deseen. Les prometo que no tardarán mucho. El coche debe de estar a punto.

—Por cierto, tenemos que cerciorarnos de que la caja que nos han encargado llegue a su destino... —Hizo un gesto al capitán—. Un amigo de Gibraltar nos ha pedido que la custodiemos hasta aquí.

El capitán se despidió y retornó a la nave dispuesto a dar las órdenes pertinentes. Los dos viajeros habían pagado mucho dinero y la travesía con ellos había sido tranquila y agradable. Y no tardarían en volver a hacer uso de su bajel —siempre lo hacían—, así que quería tenerlos contentos.

Mientras caminaba por babor se fijó en que la niebla a lo lejos se disipaba de forma abrupta, extraña. De forma repentina, un barco negro apareció de la nada, como un fantasma emergido del abismo. Las velas eran también oscuras. Como las alas de un murciélago, se arriaron con suavidad y el navío permaneció quieto y tranquilo, iluminado por la luna creciente. El capitán sacó su catalejo, pero estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para apreciar nada. Sintió un escalofrío. Se santiguó tres veces y murmuró una oración que su madre le había enseñado de muy crío. Aquel velero le daba

mucho miedo a su alma vasca y criada entre leyendas macabras de marinos fantasmas. Se dio la vuelta y vio a un grupo de marineros que también observaban el barco con aprensión desde cubierta, cuchicheando entre ellos con voz queda.

Alzó la voz y dio palmadas con fuerza.

—A trabajar, marineros. Hay que bajar cuanto antes el equipaje de los pasajeros. Quieren llegar pronto a sus aposentos. Y hay que dejar la dichosa caja que traen en manos de sus destinatarios.

Horas después, el capitán subió a cubierta con su catalejo. El otro barco seguía allí, anclado y silencioso. Se volvió a santiguar y buscó en su camarote una botella de ron. Después de la travesía era mejor descansar que pensar en buques del demonio. Salió a cubierta al frescor de la noche. Los marineros habían comenzado a bajar a puerto toda la mercancía que transportaban desde Inglaterra. Por la pasarela descendieron varios de sus hombres cargando la caja oblonga de la que había hablado la pareja. El capitán se santiguó de nuevo. Aquello en verdad parecía un ataúd. Se estremeció de miedo irracional. La próxima vez inspeccionaría con más detenimiento lo que iba en la bodega.